agrega que no dictó ninguna medida hostíl contra el clero ni contra las antiguas corporaciones, limitándose á pedirles, así como á diversos particulares, algunos suplementos voluntarios de dinero para cubrir las urgencias del momento. Esta política fué ineficaz: á los pocos meses se sublevó una brigada, despues otra, despues otra; finalmente, hasta las patrullas de la policía y la brigada ligera de artillería desertaron de la capital y fueron á reunirse á Puebla donde era el foco de la rebelion, que segun pública voz y fama, sostenia el clero con sus recursos y con su influencia. El gobierno apeló entonces á sus guardias nacionales de las que reunió un gran número, y con esto y las cortas fuerzas de línea que le habian quedado fieles, sitió la plaza, la atacó por diversos puntos hasta que hizo que capitularan todos los que la defendian. Fué necesario establecer una intervencion en los bienes de aquel clero, é imponer un castigo muy fuerte á los oficiales. Esto se criticó mucho, y creemos que con alguna justicia; pero en definitiva, esta política cruel, si se quiere, produjo los mismos resultados que la conciliadora de que hablamos al principio.

Don Miguel Lerdo de Tejada entró á desempeñar el Ministerio de Hacienda, y combino la ley de 25 de Junio con un mecanismo tal, que produjera beneficios para todos: se consagraba el principio de la propiedad del clero: se le dejaba en el goce de sus rentas, sin que fuesen de su cuenta ni aun las contribuciones: no se tocaba en nada á los monasterios ni al culto: se hacian de la noche á la mañana mas de diez mil propietarios en la República, y para coronar este plan, el gobierno con solo el producto de las alcabalas por la venta de las fincas á los inquilinos, tenia cosa de tres á cuatro millones de pesos. Era una Reforma de transacion, un término medio para conciliar la paz de Estado, con la paz de Iglesia. La autoridad civil solamente regulaba la manera de *poseer*, pero dejaba la

posesion. El clero contestó de pronto con protestas, y pocos dias despues con escomuniones. Nueva sublevacion en Puebla, y de parte del gobierno nuevas fuerzas, nuevas batallas y nuevos triunfos. La guerra entre la autoridad civil y las autoridades de la Iglesia, estalló de una manera tremenda.

A los pocos meses nueva rebelion en San Luis. Unos oficiales se apoderaron de una conducta de platas, y con estos recursos y la tropa que mandaban se alzaron contra la autoridad. Nuevos aprestos de parte del Gobierno. Venció á los sublevados en la Magdalena y pagó la conducta.

No le quedaban enemigos que vencer, ni rebeliones que sofocar. Casi no hubo uno de los gefes de nombradía que no cayera en su poder, inclusos los mas valientes, que eran Osollo y Miramon. A ninguno fusiló con escepcion de Orihuela que en la segunda campaña de Puebla fué cogido prisionero y pasado por las armas por el general en gefe, antes que el Gobierno hubiera podido impedirlo.

Quedaba en pié la guerra moral, en verdad, no con la Iglesia sino con el clero: ni una sola concesion, ni sombra de transacion con la autoridad civil, ni la mas leve muestra de docilidad siquiera para dejar todo en tal estado, hasta que se resolviese algo por el Pontífice, á quien se le habia enviado un Plenipotenciario.

El gobierno que habia vencido, que habia podido disponer de la hacienda, de la libertad y aun de la vida de sus enemigos políticos, en vez de vengarse y de acabarlos de aniquilar para siempre, tuvo un momento de pensar en la reconciliacion y en la paz, y se puso al frente del movimiento que se llamó *golpe de Estado*. Peor que antes: la tropa se rebeló, como hemos dicho: Comonfort y sus amigos quedaron proscritos por los dos bandos, y en vez de paz no hubo mas que una guerra sin tregua ni cuartel.

Entonces el partido liberal desesperado, se lanzó á

la arena, á jugar el todo por el todo como suele decirse: el gobierno constitucional no abandonó ni un momento las riendas de la administracion. Prófugo, perseguido, vagando de poblacion en poblacion, atravesando el Itsmo de Panamá, para fijarse en la plaza de Veracruz, en todas partes representaba el doble principio de la unidad y de la legalidad de su orígen, que como hemos demostrado, era incuestionable. El Sr. Juarez, no como intruso, ni como general improvisado, como dice el Sr. Pacheco, ni como corifeo revolucionario, sino como representante del poder segun la forma constitucional y tradicional, jamás rechazada ni aun por el partido conservador, tomó las riendas del Gobierno que Comonfort y su Ministerio triunfantes y fuertes habian abandonado en un instante de inconcebible debilidad.

Pero la fortnna que hal ia acompañado á la administracion liberal desde 1855, pareció volverle para siempre la espalda.

Apenas habian los militares sublevados en Santo Domingo, en Diciembre de 1857, desconocido á Comonfort, cuando se les reunieron Osollo y Miramon. Un dia arrojaron desde la Ciudadela sobre la capital una lluvia de balas y de granadas, asaltaron en seguida y tomaron á viva fuerza los puntos fortificados de la Acordada y el Hospicio, y rompiendo así la línea que tenia establecida Comonfort, el desaliento se introdujo y en la noche los guardias nacionales que defendian la Constitucion se retiraron á sus casas, y habiendo quedado el que pocos dias antes reunia el prestigio y el poder de la nacion, reducido á la compañía de unos cuantos amigos, salió del palacio, no sin volver los ojos como Boabdil para ver las torres y los minaretes de su perdida Granada.

El partido reaccionario triunfó completamente al parecer; nada turbaba su júbilo que espresaba con los repiques de mas de doscientas campanas que habia

en las torres de las iglesias, y nada parecia estorbar su poder ni su prestigio fundado en esa tradicion histórica á que sin duda alude el Sr. Pacheco. La ley de 25 de Junio no solo se derogó, sino que se anuló: los inquilinos que se habian visto forzados á ser propietarios, perdieron no solo la alcabala que con mil penas habian pagado al Gobierno, sino las mejoras, las contribuciones pagadas, todo, porque las garantías y la religion mandaban que se tratara al público como si fuese la basura y la escoria. Mas cristianos que el Papa, como suele decirse, los hombres que vinieron á ocupar los Ministerios esos dias, eran mas duros que el señor Arzobispo, que cualesquiera que hayan sido sus opiniones y los deberes de su conciencia, siempre ha sido un modelo de desprendimiento y de caridad.

El clero que solo habia podido con mil esfuerzos y sacrificios prestar cuarenta y cinco mil pesos al Gobierno de Ayutla, facilitó tres millones al nuevo Gobierno que no contaba mas que con la capital; el clero que habia negado antes los Sacramentos y aun la sepultura á los soldados de la brigada Zuloaga, prometia el perdon y la vida eterna á esos mismos soldados de Zuloaga, desde el momento que faltaron al Gobierno y á la Ordenanza, que es el catecismo, podriamos decir, la religion del buen soldado.

El triunfo y el regocijo de la capital fué turbado á los pocos dias. Los gobernadores de Guanajuato, Zacatecas, Michoacan, Jalisco, San Luis y Aguascalientes reunieron á sus guardias nacionales, y marchando á la cabeza de ellas, se reunieron en número de doce mil hombres y se situaron en Celaya.

El Gobierno de México con la mayor actividad, y con el dinero de la Iglesia, reclutó tropas, formó regimientos y salió al encuentro de los Estados que formaban la coalicion. Se dió una gran batalla en la cual fué desecho todo este aparato formidable. Osollo siguió triunfante hasta Guadalajara y el mar del Sur, y

de los gefes federalistas, los unos se retiraron, otros capitularon y otros volvieron á la capital reducidos á la nulidad, á que quedan siempre condenados los que tienen la mala suerte en las batallas. La tormenta parecia conjurada para siempre, y el triunfo del partido reaccionario completo y decisivo. Precisamente en estos momentos y bajo la impresion de tales noticias, fué cuando la córte de España trató de reanudar sus relaciones interrumpidas con México, y pensó en nombrar al Sr. Pacheco Ministro Plenipotenciario; pero él se hizo Embajador.

En el curso de unos cuantos meses el aspecto de las cosas cambió: el Sr. Juarez despues de haber escapado en Guadalajara de ser fusilado apareció en Veracruz, donde reorganizó el Gobierno. Los Estados fronterizos que al parecer habian permanecido indiferentes, se movieron, hicieron marchar sus fuerzas, ocuparon la plaza de San Luis y presentaron en el punto de Ahualulco el tren mas formidable que habiamos visto. Mas de diez mil hombres con muy buenas armas, artillería y material sobrado, víveres, dinero, todo en abundancia. Teniendo idea de la distancia y de los limitados recursos de esos Estados, este aparato militar era fabuloso: en México no se podia creer esto. Nueva campaña de parte del Gobierno de México. Miramon y Márquez marcharon sobre los fronterizos, forzaron la posicion y en momentos destruyeron todo este inmenso armamento, que se desvaneció como el humo. En esta vez sí se creyó la guerra concluida, y el partido liberal vencido para siempre. En esta época, segun puede calcularse, se daban las instrucciones en España al Sr. Pacheco.

Los gobernadores que formaron la coalicion y los gefes de los Estados fronterizos desgraciados hasta por demas en la guerra, habian visto desaparecer en minutos los elementos reunidos durante meses á costa de la paciencia y del trabajo, pero este ejemplo lejos

de desanimar á otros les sirvió quizá de estímulo. Entonces D. Santos Degollado que habia quedado con el mando en gefe de las armas, entró en campaña. Tres veces reunió masas imponentes de mas de doce mil hombres y otras tantas fué derrotado. La ciudad de Guadalajara fué á su vez sitiada, cañoneada é incendiada, ya por las tropas reaccionarias, ya por las federales; San Luis, Guanajuato y Zacatecas, aunque con menos desastres corrieron igual suerte, pero todo esto lejos de apagar la hoguera no hacia mas que encenderla mas y mas. Osollo que era el tipo de la honradez y de la buena política, habia muerto, el ministerio habia cambiado en México y tambien en Veracruz, los prisioneros eran fusilados por una y otra parte: el pais, al menos en la mesa central era recorrido por gavillas armadas que tanto robaban é incendiaban en nombre de la religion, como en nombre de la libertad; pero en medio de todo esto el partido constitucional derrotado completamente en las batallas, perseguido en los campos y encarcelado en las ciudades, parecia mas fuerte que nunca porque nunca, son los hombres y las naciones mas imponentes y mas dignos que cuando soportan con valor y constancia las ingratitudes de la fortuna. Cada derrota del partido liberal era contestada con una ley mas dura contra el clero, cada batalla perdida no hacia mas que fortificar el principio de legalidad del Gobierno del Sr. Juarez.

El grito de un regimiento insuburdinado, las representaciones de algunos pueblos, los clamores destemplados de algunos periodistas ignorantes y alborotadores de barrio, habian bastado antes para derrocar á un gobierno y reducir á la oscuridad á los mas elevados personajes. En esta vez se veia una cosa que nunca habia pasado en el pais, á saber: un gobierno que llevaba por donde quiera el principio constitucional, y que superior á los azares de la fortuna oponia cuando no la fuerza física, la incontrastable fuerza

moral que nada podia ni ha podido vencer. La tenacidad de Zuloaga en sostener la continuidad de su presidencia no fué mas que un plagio, una ridícula imitacion de la constancia del Gobierno constitucional.

Fué en esta época cuando los tribunos se hicieron guerrilleros, los licenciados generales, los generales oradores, los oradores soldados. Aunque en pequeño como en la república romana, los ciudadanos defendian de todas maneras sus opiniones y eran á la vez generales, abogados y tribunos. La revolucion, la plena guerra civil formó á los hombres de uno y otro bando, y no se necesitaban leyes ni decretos del congreso para titular general al que reunia cuatro ó seis mil hombres y se ponia al frente de ellos esponiendo su pecho á las balas enemigas. El partido liberal queria ser ó destruido y aniquilado ó sacudir de una vez para todas esa doble tutela del clero y del ejército, con quien habia tenido ya una lucha de mas de treinta años.

Por algun tiempo pareció el pais medianamente tranquilo y muertas las esperanzas del partido liberal. Sus hombres mas influentes hablaban de avenimiento y de transaccion, los militares reaccionarios, cansados ó sin esperanza de un completo triunfo, se inclinaban tambien á ella, pero al tiempo de entrar en pormenores, todas las negociaciones fracasaban porque el gobierno de Veracruz, sin perderse como se habia perdido la administracion de Comonfort, no podia admitir otra base mas que la de la Constitucion de 1857. Su gran apoyo era la legalidad constitucional, perdida ésta, el Sr. Juarez habria sido arrojado del poder y proscrito como lo fué el Sr. Comonfort con todo y su admirable valor en la campaña y sus distinguidos servicios al partido liberal.

Nuevos gefes salieron á la arena para reemplazar á los que habian sido poco afortunados en las anteriores batallas.

Coronado, que habia antes hecho un papel secundario como ayudante de D. Santiago Vidaurri, gobernador de Nuevo Leon, habia ya aparecido por la costa del Sur, mandando como general una brigada. Berriozabal que se ocupaba de sus negocios privados en México y que fué reducido á prision, se escapó de ella y sublevó varias poblaciones del Estado de México; D. Jesus Gonzalez Ortega que apenas era conocido en el Estado de Zacatecas, levantó una fuerza respetable y recorrió el pais hasta cerca de Chihuahua: Aramberri, Blanco y Zaragoza que se habian retirado despues del desastre de Ahualulco, desavenidos con su antiguo amigo Vidaurri, volvieron á empuñar las armas: el general Uraga, que habia permanecido largo tiempo desterrado en los Estados-Unidos, regresó á la República; por ultimo, los Sres. Ogazon, gobernador de Jalisco y Doblado, que volvió á mandar en Guanajuato, entraron otra vez á la escena. Todos estos elementos que poco á poco se habian reunido y que por algun tiempo parecieron de poca importancia, se duplicaron al fin, y los liberales que habian perdido en un año mas de 400 piezas de artillería y mas de 50.000 hombres, abrieron de nuevo la campaña con tropas disciplinadas, con armas suficientes, con un material de guerra nuevo, como si nada se hubiese perdido. Esto no era por cierto un motin formado por unos cuantos mestizos y mulatos, estúpidos y bárbaros, sino una verdadera revolucion.

La suerte cambió. El general Uraga derrotó en Loma Alta á la mas florida, á la mejor de las divisiones del gobierno reaccionario. El general Gonzalez Ortega desbarató completamente cerca de San Luis á otra division igualmente disciplinada, el general Castillo se vió sitiado en Guadalajara, Miramon derrotado en Silao, finalmente, catorce mil hombres victorio-

sos de los mismos que les habian vencido durante un año entero, avanzaban sobre la capital. Era precisamente la época en que el Sr. Pacheco reconoció á Miramon de la manera que lo hemos esplicado nosotros y mucho mejor tal vez el Sr. Calderon Collantes.

Vamos aquí á ser un poco mas prolijos en una narracion en que se han abarcado mas bien los grandes sucesos para presentarlos en un solo golpe de vista, que no en el órden riguroso de fechas.

Una noche del mes de Diciembre de 1860 se movieron con el mayor secreto algunas tropas de la capital. Miramon con igual sigilo salió por una garita, y en el camino logró combinar su plan de una manera tan completa que al dia siguiente por diversos puntos cayó sobre la ciudad de Toluca, derrotó en las calles á las tropas que la guarnecian é hizo prisioneros al gobernador D. Felipe Berriozabal, al Sr. Degollado, que ya estaba separado del mando, y á D. Benito Gomez Farias, que como su amigo y su secretario lo acompañaba. Miramon pudo fusilar á estas tres personas como lo deseaban algunos, pero no lo hizo, sino que los condujo á la capital y los dejó presos é incomunicados en unas piezas del palacio. A los tres dias el ejército federal mandado por el general Gonzalez Ortega se acercó á la capital. Entonces se permitió por la autoridad eclesiástica que se sacara la plata de los templos, que se vendieran las mejores fincas, que se negociaran á ínfimo precio los mas floridos capitales; entonces se vendieron por un pedazo de pan los bienes de los antiguos y venerables establecimientos de instruccion pública, fundados hacia tantos años; entonces hombres déspotas y arrogantes andaban de casa en casa cobrando las mas escesivas contribuciones para pagarse con parte de ellas gracias y favores indebidamente concedidos, y entonces el dinero de los tenedores de bonos ingleses, que no quizo el Sr. Mathieu que saliese en una conducta pocos meses antes, fué tomado á viva fuerza. ¿Y todo para qué? ¿Con qué porvenir? ¿Con qué esperanza? ¿Con qué programa? Con ninguno. Si la batalla se ganaba, la revolucion continuaba como habia sucedido los tres años anteriores, y si se perdia, se perdian en un solo lance para el partido reaccionario los esfuerzos, las batallas, la sangre de tres años. Los mismos conservadores de buena fé estaban atemorizados del estado que guardaban las cosas y deseaban á todo riesgo un desenlace final.

Cosa de ocho mil hombres de escelentes tropas con treinta piezas de artillería salieron de la ciudad hasta cerca de la mitad del camino de la capital á Querétaro. La accion se trabó con igual denuedo por ambas partes: un momento pareció volver la fortuna á Miramon, pero al fin la buena estrella de Gonzalez Ortega predominó, y en un momento quedaron en poder de los liberales artillería, trenes, tropas y soldados.

Miramon se abrió paso por en medio de sus enemigos, y matando caballos llegó á la ciudad, donde era ya imposible organizar ninguna defensa. Era el momento en que moria moralmente el gobierno que habia reconocido el Embajador de España, y en consecuencia terminaba legalmente su mision.

Llegaba pues el momento supremo en que los vencidos, los oprimidos, los encarcelados, los vilipendiados de todas maneras durante tres años, fueran los vencedores que venian á conquistar á la ciudad corrompida y maldita, como algunos le llamaban. Sangre, patíbulos, asesinatos, robos, todo género de crímenes horrendos que inspira la venganza y la embriaguez de un triunfo completo y definitivo, todo esto esperaban los habitantes de la capital, y los unos abandonaban sus casas, los otros, no creyéndose seguros en ninguna parte se disfrazaban refugiándose en los lugares mas recónditos; carros y cargadores con mue-

bles que se trasladaban de una á otra parte, llenaban las calles, y si se penetraba al interior de algunas casas se veian lágrimas de mugeres y lloros de niños. Era en efecto un espectáculo imponente, parecia que algo de estraordinariamente terrible iba á pasar en la amplia y hermosa capital. La destruccion de Jerusalen, la ruina de Babilonia iban á servir de tipo á los soldados vencedores.

El Sr. Pacheco salió á pocas leguas de la capital á conferenciar con el general en gefe, el que concedió todo género de garantías para la ciudad, ninguna para los gefes de la reaccion, porque segun dijo, no tenia para ello facultades.

Degollado y Berriozabal que pocos dias antes estaban presos, y tal vez en peligro de perder la vida, quedaron en libertad y tomaron el mando. La retirada de Miramon quedó resuelta, pero nadie sabia ni la hora fija, ni el modo. A las once de la noche del 24 de Diciembre salió del palacio, montó en un coche y salió despues de la ciudad. Antes se habian ya retirado con el batallon de Granaderos y algunos piquetes, Perez Gomez, Cobos, y algunos otros gefes.

El pueblo de México, que en su mayoría se compone de artesanos, pareció á las primeras horas de la noche alarmado y mal dispuesto; pero de las diez en adelante todos se fueron retirando á sus casas, y algunos grupos que quedaban en la plaza fueron disueltos personalmente por el Sr. Degollado, quien los exhortaba á que se mantuvieran en órden y paz. El general Berriozabal dispuso que se armaran los españoles que se reunieron en San Bernardo, y los franceses que se juntaron en la Profesa. Se distribuyeron patrullas en solo una parte de la ciudad, porque es bien estensa para que una corta fuerza pudiera cubrirla toda, y cosa de las tres de la mañana entró el coronel Aureliano Rivera en el mayor silencio y mejor órden. Ni un grito, ni una borrachera, ni un desórden, ni siquiera el conato de robo. Los españoles y los franceses armados, por decididos que fueran, podrian haber salvado, en caso de un conflicto, el punto donde estaban, ¿pero el resto de la ciudad? ¿Qué franceses ni qué españoles estaban por San Cosme y por San Pablo, y por las calles de Nuevo-México? Pero hemos ya dicho que al partido liberal nada le vale. Era necesario que este rasgo notable de buen sentido y de honradez de la poblacion de México, y la decision y fatigas de Berriozabal y Degollado quedaran desconocidas, y fuese el señor Embajador á decir á Europa que él salvó á la capital.

El señor Embajador tendria las mejores intenciones, no lo dudamos, y los españoles prestaron un señalado servicio, pero esto no importa que por ello solo se hubiese librado la capital de los graves riesgos que durante algunas horas la amenazaron.

Al dia siguiente entraron á la ciudad al mando del general Ortega cerca de veinticinco mil hombres, en el mejor órden. En la noche algunos ladrones que, ó eran soldados ó estaban disfrazados de tales, comenzaron á robar. El general Zaragoza llamó al Prevoste del ejército, le dió una escolta y le ordenó colgase á todos los malhechores. El Prevoste en momentos ahorcó cosa de cinco ladrones, y la seguridad se restableció de tal manera, que nunca se habia visto México tan tranquilo.

Un suceso fatal y desagradable, pero único, ocurrió el dia de la entrada del ejército, y este suceso no es como lo refiere el Sr. Calderon Collantes, que sin duda recibió inexactos informes.

Unos oficiales de policía buscaron en una casa del callejon de Lopez á Lagarde, gefe que habia sido de la policía de Miramon. Por una fatalidad encontraron á D. Vicente Segura, que la noche anterior se habia refugiado allí. Segura que habia escrito con fanatismo en favor de su partido, declaró su nombre, sacó

una pistola, mató á uno de los oficiales, huyó por una azotea y salió á la calle por una casa que da frente á la Alameda, á la sazon que por allí pasaban las tropas. Segura decidido, ó mas bien desesperado y con un valor sin igual, volvió á decir su nombre; y con otro tiro de su pistola hirió á otro oficial. Entonces varios cayeron sobre él y lo mataron á balazos y á puñaladas. Su cadáver fué recogido inmediatamente por su hermano político D. Angel Gonzalez y por D. Jesus Dueñas, y conducido á la iglesia de San Francisco.

Continuémos algunas líneas mas.

Que la revolucion hubiese entrado á México dando un abrazo fraternal á sus enemigos; que hubiese contemporizado con los intereses de todos; que hubiese aprobado y sancionado todos los negocios que se habian hecho precisamente para contrariarla; que en una palabra, se hubiese sentado en el gobierno, mansa y amable con todo el mundo, quizá habria sido buena política, bien que lo sucedido con el gobierno de Comonfort probaba lo contrario; pero sea de esto lo que fuere, es menester conceder algo á la debilidad humana; y todavía mas, á las pasiones del momento y á las exigencias de una multitud armada é influente que por desgracia no medita ni filosofa mucho.

Los empleados y militares fueron separados de los destinos; se redujeron á prision á los Ministros reaccionarios que se encontraron; se estinguieron los regulares y se redujo el número de conventos, refundiéndose las religiosas en los que se designaron; se comenzaron á abrir nuevas calles y á derribar cercas y paredes de los conventos, y siguiéndose el ejemplo que pocos dias antes habian dado los reaccionarios, se concluyó la estraccion de la plata y alhajas de las iglesias, se desterró al Arzobispo y Obispos, se suprimieron algunas ceremonias del culto y se derribaron las campanas que tantas y tantas veces habian celebrado con sus lenguas de metal, como diría un poeta,

las victorias de los ejércitos de la reaccion, y la muerte y los dolores de los vencidos. ¡Triste, muy triste es siempre el cuadro de la guerra civil, por suaves que sean los colores con que se trate de pintar!

Pero hemos dicho una verdad, y es que el partido liberal siempre tiene un programa constitucional y que el dia mismo de su triunfo, brinda con sus garantías á sus mismos enemigos.

Apenas se estaba ejecutando todo lo que acabamos de decir, y en lo que se hacia consistir la parte material de la Reforma, cuando ya en el seno del congreso el mismo partido liberal con la independencia que lo caracteriza, clamaba contra muchas de estas medidas: pedia que se tomasen cuentas á los interventores de los conventos: mandaba que se recogiese lo que en el desórden se habia estraviado, é impedia la destruccion de varios edificios. La prensa libre ayudaba á los diputados en esta tarea, y el desórden se corrigió en mucha parte.

Pero esto no era nada. El Sr. Pacheco no se encargó de contar al senado el trágico fin del Sr. Ocampo. Separado del Ministerio y retirado en su hacienda desarmado, solo y sin mezclarse entonces en la política, fué asaltado una mañana por un guerrillero español y conducido á pié hasta el punto donde estaban Márquez y Zuloaga, los cuales lo mandaron fusilar.

El cadáver mutilado y sangriento fué conducido á la capital. Marquez y Zuloaga habian firmado con esto la sentencia de muerte de los que estábamos en las prisiones. El pueblo, las sociedades patrióticas, como las llama el Sr. Pacheco, una parte de la guarnicion, en fin, los partidarios triunfantes, querian alguna cosa material en que vengarse, algo en fin que sacrificar al cadáver del ministro mas querido del presidente constitucional: el furor crecia por momentos, y mas todavía que en la noche de Navidad, la ciudad corrió graves riesgos en esos momentos de efer-

vescencia. El Gobierno lejos de fomentar esta tremenda indignacion procuró calmar los ánimos y reforzó las guardias de las prisiones; el gobernador y los gefes de policía recorrieron dia y noche la ciudad disolviendo los grupos ya temibles y numerosos que llenaban algunas calles, y el general Zaragoza, ministro de la guerra, dió órdenes terminantes para que se hiciera fuego sobre los que intentasen forzar las prisiones donde estábamos los inodados en el golpe de estado de Diciembre y los ministros de la reaccion. En la cámara se gritaba *sangre y venganza*, pero otros liberales respondian *no, la ley, la ley*. Estos momentos que para los que estábamos en las prisiones eran una eternidad, pasaron, y la ley, la ley triunfó al fin, los principios constitucionales siempre preferibles á la mejor de las dictaduras, salvaron á los que durante tres años les habian hecho una guerra encarnizada.

Pasados algunos meses, muchos de los empleados fueron volviendo á los destinos, los paramentos de los conventos suprimidos se repartieron á las iglesias que se abrian al culto, en las calles nuevas fueron comenzándose á construir edificios, la persecucion que en los primeros momentos se declaró al clero, fué disminuyendo gradualmente, y una amnistía restituyó al seno de sus familias á los presos políticos y á los que por un justo y natural temor se habian ocultado. Tal es en compendio la historia material de lo que se ha llamado *Reforma*.

Que en la guerra civil se han cometido atentados y crímenes, ¿quién lo duda? Que ha habido faltas, errores y exageraciones, ¿quien lo disputa? Pero es necesario repetir que ni estas faltas, ni estos errores, ni estos crímenes han sido mayores en México que en otros paises en circunstancias análogas, ni mucho menos debe cargarse todo á la cuenta del partido liberal. El hombre de estado, y el hombre que aunque no sea de estado tiene mundo y esperiencia, lamenta sí, porque

los males de una guerra civil son siempre dignos de lamentarse, pero no se escandaliza ni se asombra de que las sociedades del mundo por mas que sea su civilizacion, vayan pasando por esos forzosos y sangrientos caminos que parecen, mejor dicho, que son trazados por la voluntad de la Providencia para castigo de unos, para esperiencia de otros y para terrible enseñanza de todos. El espíritu de los enciclopedistas franceces, las teorías norte-americanas y la imitacion española, fueron los elementos morales que animaron la revolucion, que aparte del cebo que presentaban á los combatientes los bienes del clero, representaba la lucha de los tiempos antiguos con los modernos, la contraposicion de ideas que han pasado con la novedad de las ideas que vienen, en una palabra la destruccion de instituciones que necesitaban purificarse con los sufrimientos y la desgracia para que vuelvan á nacer limpias y puras, sencillas y humildes como es la palabra y el espíritu de verdad del Evangelio. Si la Providencia lo permitió en España lo permitió tambien en México. Allá y aquí los hombres no han sido mas que instrumentos.

Diremos algo de la parte aritsmética de la Reforma.

Nadie duda que se debió haber dado una mejor inversion á los bienes del clero: un banco: un camino de fierro: sobre todo la amortizacion de una parte de la deuda estrangera. Pero la cuestion es esta otra. ¿Pudo esto hacerse? Nosotros mismos que criticamos amargamente á muchos de nuestros amigos que tenian una opinion contraria, nos vemos tentados de creer algunas veces que era imposible contener al torrente impttuoso de las exigencias momentáneas de la revolucion triunfante.

Los hombres del gobierno lo mismo en España que en México tienen que ceder á la prensa, á la opinion, en una palabra, es necesario tender á veces las velas y dejar que vaya la nave por donde el viento la lle-